

Dani Rodrik, Stefanie Stantcheva

El contrato social post-pandémico

Project Syndicate, 11 de junio de 2020.

El COVID-19 ha exacerbado las profundas fallas en la economía mundial, exponiendo duramente las divisiones y desigualdades de nuestro mundo actual. También ha multiplicado y amplificado las voces de quienes piden reformas de gran alcance. Cuando incluso el conjunto de Davos está emitiendo Llamadas para un "restablecimiento global del capitalismo", usted sabe que los cambios están en marcha. Hay algunos hilos comunes que se ejecutan a través de las nuevas agendas políticas propuestas: para preparar a la fuerza de trabajo para las nuevas tecnologías, los gobiernos deben mejorar los programas de educación y capacitación, e integrarlos mejor con las necesidades del mercado laboral. Debe mejorarse la protección social y el seguro social, especialmente para los trabajadores de la economía de los conciertos y en los acuerdos de trabajo no estándar.

En términos más generales, la disminución del poder de negociación de los trabajadores en las últimas décadas apunta a la necesidad de nuevas formas de diálogo social y cooperación entre empleadores y empleados. Debe introducirse una fiscalidad progresiva mejor diseñada para hacer frente a la reducción de la desigualdad de ingresos. Las políticas antimonopolio deben revitalizarse para garantizar una mayor competencia, en particular en lo que respecta a las plataformas de redes sociales y las nuevas tecnologías. El cambio climático debe abordarse de frente. Y los gobiernos deben desempeñar un papel más importante en el fomento de nuevas tecnologías digitales y ecológicas.

En conjunto, estas reformas cambiarían sustancialmente la forma en que operan nuestras economías. Pero no alteran fundamentalmente la narrativa sobre cómo deberían funcionar las economías de mercado; ni representan una desviación radical de la política económica. Lo más importante es que eluden el desafío central que debemos abordar: reorganizar la producción.

Nuestros principales problemas económicos (pobreza, desigualdad, exclusión e inseguridad) tienen muchas raíces. Pero se reproducen y refuerzan a diario en el curso de la producción, como un subproducto inmediato de las decisiones de las empresas sobre el empleo, la inversión y la innovación.

En el habla de economistas, estas decisiones están plagadas de "externalidades": tienen consecuencias que se extienden a otras personas, empresas y partes de la economía. Las externalidades pueden ser positivas: piensen en aprender los efectos de contagio de la investigación y el desarrollo, que son bien reconocidos (y constituyen la razón para los créditos fiscales y otras subvenciones públicas). Las externalidades negativas evidentes son la contaminación ambiental y los efectos de las emisiones de gases de efecto invernadero en el clima.

Tales efectos de contagio también incluyen lo que podría llamarse externalidades de "buenos empleos". Los "buenos trabajos" son aquellos que son relativamente estables, pagan lo suficientemente bien como para apuntalar un nivel de vida razonable con cierta seguridad y ahorros, garantizan condiciones de trabajo seguras y ofrecen oportunidades para la progresión profesional. Las empresas que las generan contribuyen a la vitalidad de sus comunidades.

Por el contrario, la escasez de buenos empleos a menudo conlleva altos costos sociales y políticos: familias rotas, abuso de sustancias y delincuencia, así como disminución de la confianza en el gobierno, los expertos y las instituciones, la polarización partidista y el nacionalismo populista. También hay claras ineficiencias económicas, ya que las tecnologías que mejoran la productividad siguen embotelladas en unas pocas empresas y no se propagan, lo que contribuye al anémico crecimiento global de los salarios.

Las decisiones de las empresas sobre cuántos trabajadores emplear, cuánto pagar y cómo organizar el trabajo no afectan sólo a los resultados finales. Cuando una empresa decide automatizar su línea de producción o subcontratar parte de su producción a otro país, la comunidad local sufre daños a largo plazo que no son "internalizados" por sus gerentes o accionistas.

La suposición implícita detrás de gran parte de nuestro pensamiento actual, así como el del modelo tradicional de estado de bienestar, es que los "buenos empleos" de clase media estarán disponibles para todos con las habilidades adecuadas. Desde esta perspectiva, la estrategia adecuada para fomentar la inclusión es aquella que combina el gasto en educación y capacitación, un sistema progresivo de impuestos y transferencias, y un seguro social contra riesgos idiosincrásicos como el desempleo, la enfermedad y la discapacidad.

Pero la inseguridad económica y la desigualdad hoy en día son problemas estructurales. Las tendencias seculares en la tecnología y la globalización están ahuecándose en medio de la distribución del empleo. El resultado son más malos trabajos que no ofrecen estabilidad, salarios suficientes y progresión profesional, y mercados laborales permanentemente deprimidos fuera de los principales centros metropolitanos.

Abordar estos problemas requiere una estrategia diferente que aborde directamente la creación de buenos puestos de trabajo. La responsabilidad debería estar en las empresas para interiorizar las repercusiones económicas y sociales que causan. Por lo tanto, el sector productivo debe estar en el centro de la nueva estrategia.

Dicho de verdad, debemos cambiar lo que producimos, cómo lo producimos y quién tiene voz en estas decisiones. Esto requiere no sólo nuevas directivas, sino también la reconfiguración de las existentes.

Las políticas activas del mercado laboral diseñadas para aumentar las competencias y la empleabilidad deben ampliarse en asociaciones con las empresas y orientarse explícitamente a la creación de buenos puestos de trabajo. Las políticas industriales y regionales que actualmente se centran en incentivos fiscales y subsidios a la inversión deben ser sustituidos por servicios y servicios empresariales personalizados para facilitar la máxima creación de empleo.

Es necesario rediseñar los sistemas nacionales de innovación para orientar las inversiones en nuevas tecnologías en una dirección más favorable al empleo. Y las políticas de lucha contra el cambio climático, como el Acuerdo Verde Europeo, deben estar explícitamente vinculadas a la creación de empleo en las comunidades rezagadas.

Un nuevo orden económico requiere un *quid pro quo* explícito entre las empresas privadas y las autoridades públicas. Para prosperar, las empresas necesitan una mano de obra confiable y calificada, una buena infraestructura, un ecosistema de proveedores y colaboradores, un fácil acceso a la tecnología y un régimen sólido de contratos y derechos

de propiedad. La mayoría de ellos se proporcionan a través de la acción pública y colectiva, que es la parte del gobierno del trato.

Los gobiernos, a su vez, necesitan que las empresas interioricen las diversas externalidades que sus decisiones laborales, de inversión e innovación producen para sus comunidades y sociedades. Y las empresas deben estar a la altura de su parte del trato, no como una cuestión de responsabilidad social corporativa, sino como parte de un marco regulatorio y de gobierno explícito.

Sobre todo, una nueva estrategia debe abandonar la separación tradicional entre las políticas pro-crecimiento y las políticas sociales. Un crecimiento económico más rápido requiere la difusión de nuevas tecnologías y oportunidades productivas entre las empresas más pequeñas y segmentos más amplios de la fuerza laboral, en lugar de limitar su uso a una élite estrecha. Y mejores perspectivas de empleo reducen la desigualdad y la inseguridad económica de manera más eficaz que la redistribución fiscal por sí sola. En pocas palabras, el crecimiento y las agendas sociales son una y la misma cosa.

Dani Rodrik es profesor de Economía Política Internacional en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, es el autor de *Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy*. Stefanie Stantcheva es profesora de Economía en la Universidad de Harvard.